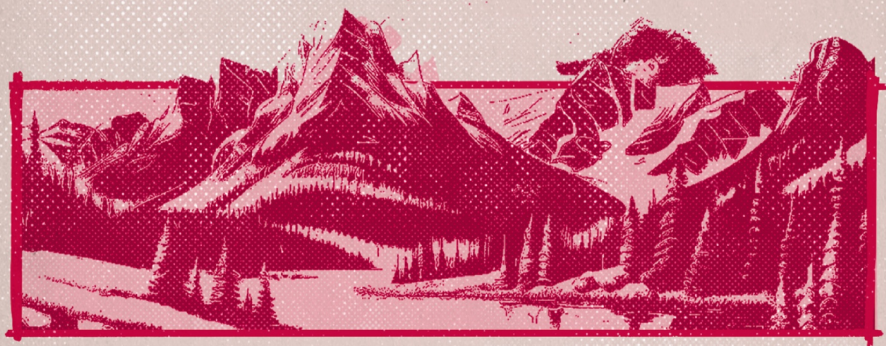
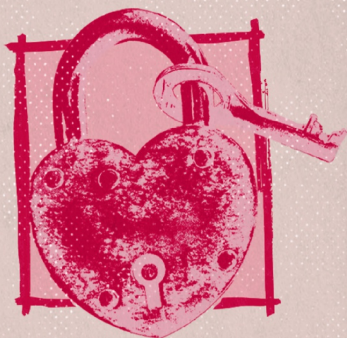


ROSE HILL: LIBRO 1

# WILD LOVE

AMOR SALVAJE



LA AUTORA DE LA SERIE CHESTNUT SPRINGS

# ELSIE SILVER

CONTRALUZ

ROSE HILL: LIBRO 1

# **WILD LOVE**

**AMOR SALVAJE**

**ELSIE SILVER**

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ

The logo for Contraluz features the word "CONTRALUZ" in a bold, sans-serif font. The letter "L" is partially obscured by a stylized graphic element consisting of a dark, semi-circular shape above a horizontal line, resembling an open book or a lens.

Título original: *Wild Love*

Primera edición: mayo de 2026

Mapa de Laura Boren/Sourcebooks

Ilustración de interiores: Graphicswizard/123RF

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2024. WILD LOVE by Elsie Silver

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 979-13-87810-65-8

Depósito legal: M. 5.889-2026

Printed in Spain



# EL UNIVERSO DE ELSIE SILVER

COLUMBIA BRITÁNICA

Montañas  
Columbia

Cordillera  
de las Cascadas

Isla  
de Vancouver

Ruby  
Creek

**Emerald  
Lake**

Victoria

Vancouver







A mis lectores:

Me dejáis sin palabras cada día. Vuestro cariño, vuestro apoyo, vuestra ilusión... No sabéis lo afortunada que me siento de teneros ahí. Gracias por confiar en mí y acompañarme en este viaje hasta Rose Hill. Ojalá este lugar os enamore tanto como a mí.

Lo he dicho antes y lo repetiré hasta la saciedad: no hay lectores como los de Elsie. Sois los mejores del mundo.

¡Feliz lectura!  
Un beso enorme,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Elsie' followed by a stylized flourish.



*Para todas las mujeres que han descubierto que conformarse no es suficiente. Y para todas las que aún estáis buscando algo más: lo que buscáis está ahí fuera.*

*Lo encontraréis. Y, si no, no pasa nada.*

*Siempre os quedará Ford Grant.*



# UNO

## Ford

—Tío. *Forbes* te ha nombrado «el multimillonario más atractivo del mundo».

Weston Belmont, mi mejor amigo, lee el titular con un entusiasmo exagerado, solo para burlarse de mí, como si fuera un *stripper* a punto de salir al escenario.

No le hago caso y sigo sacando los productos de limpieza de la caja que tengo a mis pies.

—Ford —insiste, agitando la revista delante de mí—. Es una locura.

Alzo la vista hacia él y le lanzo la mirada más inexpressiva que soy capaz de poner. Está repantingado en una silla de respaldo alto, con las botas encima de mi escritorio, de cuyas suelas caen restos de tierra seca, añadiendo más suciedad al desastre que tengo montado aquí.

—Sí, una locura total.

Me doy la vuelta con los brazos en jarra y contemplo el viejo granero que va a convertirse en mi nuevo estudio de grabación y en la sede de mi productora musical. Lo llamo «granero», aunque en realidad es una estructura polvorienta y vacía, más parecida a una nave abandonada. Los agujeros con restos de óxido rojizo en el suelo me hacen pensar que, en otro tiempo, debió de haber establos aquí. Ahora es simplemente un espacio abierto, enorme y desordenado, con una

pequeña zona de cocina junto a la entrada, separada de la zona principal por un pasillo largo y estrecho.

En cualquier caso, está a un paseo de la casa principal, en una parcela enorme e inclinada, justo en el límite de Rose Hill.

Y cuando abres las puertas del viejo granero, la vista es sencillamente espectacular.

El lago marca el límite inferior de la finca, y los pinos que la flanquean a ambos lados hacen que parezca un refugio privado. Las afueras del pequeño pueblo de montaña están a solo cinco minutos en coche. Más allá, solo hay kilómetros y kilómetros de montañas en plena naturaleza canadiense.

El lugar es precioso, pero la propiedad está hecha un desastre. Aun así, tiene un potencial inmenso. Lo veo clarísimo. Casas de invitados para los artistas, muebles antiguos, el wifi que va y viene, nada de paparazis...

Rose Hill Records. Así he bautizado mi nuevo proyecto, en honor al pueblo del que he acabado enamorándome.

Produje un álbum que tuvo bastante éxito y desde entonces el gusanillo no ha parado de darme guerra. Estoy deseando repetir la experiencia. Por suerte para mí, hay un montón de artistas que quieren probar. Me entusiasma la idea de poder crear a diario. Escuchar música todos los días. Hacer que las canciones cobren vida.

Sobre todo aquí.

Rose Hill es el lugar perfecto para construir un hogar y levantar el negocio con el que siempre he soñado.

Un refugio propio en el que no necesito llevar traje ni rendir cuentas a accionistas que solo se preocupan por los beneficios. Y en el que tampoco tengo a los medios encima por haber sido nombrado «el multimillonario más atractivo del mundo», como si eso fuera el mayor logro al que uno pudiera aspirar.

—Aquí dice que te negaste a hacer declaraciones.

Si hubieran nombrado a West el multimillonario más atractivo del mundo, lo habría exprimido al máximo.

Yo, en cambio, preferí no hacer comentarios y me mudé a un pueblo pequeño para empezar una nueva aventura empresarial por mi cuenta. No soporto ser el centro de atención.

—Bueno —murmuro—, en realidad sí les dije algo antes de anunciar oficialmente que no iba a hacer ningún comentario.

West suelta un resoplido.

—Esto promete.

Se me contrae un músculo de la mejilla. Me conoce bien. Me conoce mejor que nadie.

—Les dije que apenas se me podía considerar multimillonario, y que eso solo significaba que era más atractivo que el resto de las dos mil quinientas personas de la lista. Que como solo querían escribir un artículo sobre el aspecto menos interesante de mi vida, no iba a hacer ninguna declaración, porque esa «hazaña» no lo merecía. Que el tío guapo y con dinero les decía: «No, gracias, que os den».

—Qué raro que no quisieran publicar semejante perla, Ford. Es incomprendible.

Me encojo de hombros e ignoro la pulla. Me siento incómodo hablando de dinero. He tenido más que de sobra toda la vida, y últimamente he pasado mucho tiempo rodeado de gente que hace que mi infancia parezca modesta. Nunca me ha parecido que la riqueza fuera una cualidad admirable. De hecho, creo que es justo lo contrario. Cuando tienes pasta, la gente te trata de forma distinta. Y si encima te obsesionas con tu propia fortuna, puedes llegar a convertirte en un auténtico gilipollas.

¿Por qué iba a querer alguien leer un artículo sobre lo rico que es un tío cualquiera?

Además, no me gusta ser el centro de atención. Me pone de mal humor, saca mi vena más sarcástica y, según me han dicho, doy la impresión de ser borde y poco dado a tratar con la gente. A mí me parece un poco exagerado. Yo más bien diría que soy directo, y que la gente se ofende con demasiada facilidad.

No tengo el encanto natural de West. Soy consciente de cómo me ve la gente, pero no es algo que me quite el sueño. Quien me conoce de verdad sabe cómo soy. Y los que no, pues allá ellos, no voy a perder ni un segundo de mi vida preocupándome por lo que opinen de mí personas que ni me van ni me vienen.

Me agacho, cojo el plumero y cruzo la estancia. Las suelas de mis botas retumban sobre el suelo de madera desgastado mientras me acerco a la vieja estufa de hierro fundido que hay en un rincón. El hueco está lleno de telarañas y restos de troncos a medio quemar. Me pregunto cuánto tiempo llevarán ahí, quién los puso, qué historia hay detrás. Si no resultarían tan molestos a la vista, los dejaría ahí. La verdad, me siento como un pijo urbanita que ha venido aquí a invadirlo todo para dejarlo reluciente.

Podría pagar a alguien para que hiciera todo este trabajo sucio por mí, pero me da más pereza tener que buscar a una persona de confianza que limpiar yo mismo. Además, construir algo con tus propias manos tiene su encanto. Sí, tengo dinero, pero no necesito gastarlo cuando yo mismo puedo encargarme. Cuando tengo la ambición y las ganas de hacerlo.

Trabajo duro. Así es como acabé siendo el dueño de uno de los bares más concurridos y con mejor música en directo de Calgary. Así fue como acabé fundando una app de música en *streaming* que disparó mi cuenta bancaria a niveles indecentes. Mi padre tenía mucho dinero, muchos contactos y

podría habérmelo dado todo hecho..., pero no lo hizo. Se empeñó en que mi hermana y yo aprendiéramos a valorar el dinero.

Pero ¿a qué atribuirán todos mis logros a partir de ahora? Dinero. Contactos. Suerte. Y yo no creo en la suerte.

—¿Qué clase de foto es esta? —pregunta West desde el otro lado de la estancia, alzando la revista—. Parece que te estás escondiendo detrás del cuello subido de la chaqueta.

—Es que me estaba escondiendo.

—¿Por qué?

Ay, West. Su ceño fruncido y la cabeza ladeada lo delatan. Está perplejo. Para alguien como él, no tiene ningún sentido que yo no disfrute siendo el centro de atención. West es un tío imponente, divertido, todo un espectáculo andante... y me encanta. También tiene un corazón enorme y es más de fiar que nadie. Es alguien auténtico en un mundo lleno de far-santes. Me encontró leyendo junto al lago cuando éramos unos críos y empezó a hablarme como si me conociera de toda la vida. Y desde entonces, no ha dejado de hacerlo. Por muy distintos que seamos, algo entre nosotros encajó.

Y así llevamos veinte años.

—Porque no quería que me hicieran fotos. No me gusta.

—¿Y eso? ¿Necesitas que te diga lo guapo que eres?

Resoplo.

—Estaba yendo a tomar un café con mi hermana, no pasando para una sesión de fotos.

Se ríe.

—Venga ya, ¿tanto te costaba sonreír?

—Sí. —Me quedo mirando la estufa, con el plumero en la mano, preguntándome cómo narices voy a hacer todo lo que tengo pendiente.

—Para limpiar esa estufa vas a necesitar una pala, no un plumero.

—Gracias, West. Qué suerte tengo de tenerte aquí para que me ilustres con tus aportaciones magistrales.

Suelta un suspiro exagerado.

—Va a ser como en los viejos tiempos. Tú y yo liándola.

—El que la liaba eras tú. Yo solo miraba.

—Me acuerdo de Rosie siguiéndonos a todas partes, solo para meterse contigo. Joder, qué orgulloso me sentía al ver cómo te hacía trizas.

Me tenso al oír el nombre de su hermana. «Rosalie». Hace diez años que no la veo, pero, aun así, se me agarrotan los hombros.

Me vuelvo hacia West.

—¿No había hecho un máster y tenía un trabajo estupendo en Vancouver?

Es algo que ya sé. A veces la busco por internet..., solo para asegurarme de que es feliz, por supuesto. West la menciona de vez en cuando, pero nunca entra en detalles. Todo son generalidades, actualizaciones superficiales. Lo que no deja de ser lógico. ¿Por qué iba a contarle a su mejor amigo la vida de su hermana pequeña, que se largó a vivir a la ciudad?

Es mejor no preguntar.

West hace un gesto con la mano como si, para él, el mayor mérito de Rosie en la vida hubiera sido pasarse la adolescencia lanzándome pullas.

—Aquellos veranos eran lo mejor. Me quedaba hecho polvo cada vez que te ibas a la ciudad a estudiar.

Sí, yo también odiaba regresar a la ciudad. A ese colegio lleno de críos que, a diferencia de West, me trataban como si fuera distinto. Volver a la presión de ser el hijo de uno de los guitarristas más famosos del planeta. Rose Hill era mi refugio favorito de pequeño, y parece que sigue siéndolo ahora que tengo treinta y dos. Aquí el tiempo se detiene. Nadie te trata como si fueras rico o famoso, ni siquiera especial. Cada

uno va a lo suyo. Debe de ser el aire de montaña, que les da a todos esa perspectiva que en la ciudad no se encuentra.

Pero mi conexión con este lugar va mucho más allá. Hay algo más profundo que tira de mí hacia aquí: sus recuerdos.

—Pues este año no vas a tener que ir llorando de esquina en esquina, West, porque me voy a quedar aquí un buen rato.

Tiro el plumero a la caja, asumiendo que quizá voy a tener que contratar a alguien si quiero dejar este sitio decente para empezar a grabar pronto. La casa principal ya está habitable (yo mismo la he reformado por completo este invierno), pero este edificio necesita mucho más trabajo.

—¡Sí, joder! Te voy a meter en mi equipo de bolos.

—No. Ni de coña. Dijiste que eso lo hacíais en la noche de padres, y yo no soy padre. —Doy una pequeña patada a lo que creía que era un insecto muerto, pero ahora estoy convencido de que son excrementos de ratón—. Bueno, salvo que cuente como padre de toda una manada de roedores.

—No creo que los ratones vayan en manadas.

—Llámalo como quieras, pero eso no me convierte en padre.

—Me da igual. En realidad solo somos Sebastian y yo, suponiendo que esté en el pueblo, ahora también tú...

—No, conmigo no cuentas.

—... y Clyde el Loco.

—¿Quién es Clyde el Loco? Ya no puedes ir llamando «loca» a la gente así como así.

—Es el tío que vive al otro lado de la montaña. Un ermitaño. Cree en todas las teorías conspiranoicas habidas y por haber. Sus historias son mis favoritas. Y él mismo se presenta como Clyde el Loco. Así que, si quieres, corrígele tú mismo.

Parpadeo. Esto ya roza el delirio.

—No voy a jugar a los bolos contigo, West.

Él resopla y hace un gesto despectivo con la mano.

—Eso dices ahora. Pero de crío también te negabas a participar en todas mis locuras, y luego siempre acababas viniendo, con ese flequillo de emo tapándote los ojos, subiéndote las gafas enormes por el puente de la nariz. —Esboza una sonrisa deslumbrante. El blanco de sus dientes contrasta con su barba de tres días—. Esa cara de pocos amigos y algún libro raro de poesía bajo el brazo.

No puedo evitar soltar una carcajada ante su certera descripción. Niego con la cabeza.

—Vete a la mierda, Belmont.

—Pero mírate ahora...

Lo apunto con el dedo.

—Ni se te ocurra decirlo.

Alza las manos y las mueve con un aspaviento, como si estuviera anunciando algo a lo grande.

—El multimillonario más atractivo del mundo.

—Te odio.

—Qué va. Me adoras. Soy el rayo de sol que ilumina tu mal genio.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo dices?

—Es un tópico de las novelas románticas...

Un golpe en la puerta lo interrumpe. Ambos volvemos la cabeza hacia la puerta desvencijada y el pasillo estrecho que gira bruscamente hacia la pequeña cocina.

—¿Quién puede ser? —susurra West, como si estuviéramos metidos en un lío.

Puede que lo estemos. Llevo poco tiempo en el pueblo, reformando la casa principal, así que no tengo ni idea de quién puede ser. Mi hermana Willa entraría sin llamar. Mis padres me avisarían antes. Y mi mejor amigo está aquí, justo delante de mí.

La verdad es que no hay nadie más en mi vida que se preocupe lo suficiente por mí como para venir hasta aquí.

Soy de los que no dejan entrar a cualquiera en mi mundo. Mi círculo de confianza es reducido. Una de las mejores cosas de Rose Hill es que los paparazis no están dispuestos a pasarse horas conduciendo solo para ver si suena la flauta y consiguen una foto.

—Ni idea —respondo. Me encojo de hombros y West imita el gesto, abriendo los ojos como platos.

Otro golpe.

—Os oigo susurrar ahí dentro —dice una voz femenina que no reconozco desde el otro lado de la puerta.

Lo primero que pienso es en Rosie, pero es una voz demasiado joven para ser la suya. Así que, con un suspiro resignado, me acerco a la puerta y la abro de golpe.

Delante de mí hay una cría. Lleva unos vaqueros negros rotos, unas Converse negras y una camiseta enorme de Death From Above 1979 (uno de mis grupos favoritos) con varios agujeros hechos a propósito. Tiene el pelo negro azabache recogido en dos trenzas que le caen por los hombros con un flequillo recto. Luce una expresión de absoluto desinterés y el asa superior de una mochila JanSport le cuelga de los dedos.

No sabría decir cuántos años tiene. Pocos. Parece estar en esa edad rara y confusa que precede a la adolescencia. Lo sé por esa mirada apática y por el grano gigante en la barbilla. Se cruza de brazos y me recorre de arriba abajo con la mirada antes de volver a subir con parsimonia.

—¿Y tú quién eres? —No pretendo sonar borde, al fin y al cabo, es solo una niña.

Aprieta los labios y parpadea una vez, despacio.

—Tu hija, capullo.

Ahora el que parpadea a cámara lenta soy yo. Oigo la silla de West rodar por el suelo de madera y sus pasos firmes acercándose.

—¿Perdona? —He oído lo que ha dicho, pero mi cerebro se niega a procesarlo.

—Eres mi padre —insiste ella, poniendo los ojos en blanco—. Al menos desde el punto de vista biológico.

Pero eso es imposible. Completamente imposible. Me pongo a la defensiva. Es absurdo.

Solo ha hecho falta un puto artículo en *Forbes* sobre mi cuenta bancaria para que empiecen a salir las cucarachas. Esta historia la conozco de sobra. Casi me da la pena la niña. Es demasiado joven para haber tramado esto ella sola. Seguro que alguien la ha empujado a hacerlo.

—Mira, como te llames, no sé qué estás buscando, aunque puedo imaginarlo. Pero te has equivocado de presa.

—Me llamo Cora Holland. Tú te llamas Ford Grant junior y eres mi padre biológico.

—Uf, mejor quita lo de «junior» —murmura West a mi espalda—. Lo odia.

Ni siquiera me molesto en mirarlo. Me limito a clavar la vista en esta mocosa insolente que me está soltando tremenda gilipollez a la cara. Eso sí, hay que reconocer que tiene agallas.

—Eso es imposible. Jamás me he tirado a Morticia Addams.

—Qué original, niño enchufado. Nunca me han dicho eso antes. —Hurta en su mochila (negra, cómo no) y, con gesto ostentoso, saca un papel con un logotipo que reconoce al instante.

Es el de la empresa a la que mandé una muestra de ADN para poder hacer un árbol genealógico que le regalé a mi madre.

—¿Y por algún casual no te has tirado un vasito de cartón, una placa de Petri o un tubo estéril a cambio de unos cuantos dólares?

Siento cómo toda la sangre se me precipita a los pies mientras se me revuelve el estómago y la cabeza me da vueltas.

Porque sí. Sí lo hice.

West me da una palmada en el hombro y me lo aprieta con fuerza antes de pasar junto a mí y salir por la puerta.

—Bueno, pues... supongo que nos vemos en los bolos.

Y aquí me quedo.

Solo.

Mirando a una niña que probablemente sea mi hija biológica. Y sintiéndome como si, en vez del multimillonario más atractivo del mundo, me hubieran nombrado el padre más inútil del planeta.